

## MEMORIA MILITAR.

Cualquiera que crea que los franceses combaten sin forma determinada, á la manera de las hordas de Atila, se engaña tanto como el que supone encontrar en ellos un adversario que observa estrictamente las reglas y los preceptos del arte. La realidad se halla en medio de estos dos extremos. Es un hecho inconcuso, que el ejército francés, no sometido á forma alguna durante la paz, en la guerra se encuentra en la misma disposicion; pero á falta de formas, obsérvanse principios muy sencillos y verdades tácticas, que en conjunto sírvanle de norma usual. Varias de estas máximas se reproducen frecuentemente y lo que hay de sorprendente es, que algunos de los recursos tácticos empleados por los franceses en la guerra de Italia, y que se hicieron representar como novedades de la época, ya habían sido ejecutados mucho ántes por el general Moreau en las campañas del Rhin.

En el momento en que el ejército francés se preparaba á marchar de Varna sobre Crimea, el mariscal Saint-Arnaud apeló tambien á algunos de esos principios. Las instrucciones que libró, sobre las cuales es inútil difundirse, no son mas que un pequeño extracto, interesante y algunas veces literal, de vários de los escritos del mariscal Bugeaud, que justamente es reputado en el ejército francés, como el conocedor mas perfecto del soldado de su país.

Hace algunos años que nos esforzamos en profundizar los principios que, como ley invariable, se observan por los franceses en la guerra, y, despues de consultar un gran número de fuentes orales y escritas, creemos que hemos logrado descubrir los mas interesantes. Tratemos de reproducirlos brevemente.

El primer principio formulado consiste, en que los reglamentos, la instruccion del tiro, y el campo de maniobras en general, nada tienen de obligatorios desde el momento en que el ejército abre la campaña.

Aun hoy se conserva viva la memoria del pensamiento de Napoleon I, sobre que en la táctica debe operarse un cambio cada año; pero el emperador que tanto conocía el arte de librar una batalla, á menudo cambiaba de táctica mucho ántes de ese término prescrito por él mismo, aplicando toda especie de innovaciones, aun las que bien pueden llamarse bastardas, de modo que en lo absoluto puede cuestionarse, que en efecto existe una táctica napoleónica propiamente dicha. Por lo demás, es digno de observarse que Marmont le rehusa, en sus *Memorias*, el conocimiento del arte táctico, puesto que, habiendo pasado con suma rapidez de teniente de artillería á general en jefe, fué imposible que pudiera aprenderlo á fondo, que es á lo que debe atribuirse el desden que siempre mostró á ese elemento. Los franceses carecen de un orden sólido de formacion; ni aún siquiera poseen una forma que pueda observarse como una ley en los diversos casos de la guerra: la manera de conducir las tropas al combate, en todas circunstancias, se abandona al talento y á la inspiracion de los generales, que, por su parte, se fian á la inteligencia de los gefes subalternos y á la de los soldados. La táctica de los franceses consiste simplemente en hacer marchar

las tropas al frente: la forma bajo la cual se ejecuta este movimiento les es indiferente, y ella difiere segun el objeto, el terreno, las medidas adoptadas, y sobre todo segun las faltas que cometa el enemigo.

De esto se deduce naturalmente, que los franceses no combatirán en los campos de la Europa setentrional de la misma manera que en Italia, y nos parece infundada la opinion de que ellos emplearían en contra nuestra el mismo orden que les sirvió de norma contra los austriacos. Sería, pues, inútil á nuestro objeto investigar ese orden de que entónces hicieron uso.

Otro principio, igualmente familiar al general y al simple soldado, consiste en que la fuerza moral es superior á la fuerza física.

Napoleon explicó esta verdad, asentando que la fuerza moral contribuye al éxito con un equivalente de tres cuartas partes, miéntras que la física solo representa una. Toda la educacion y la formacion del soldado francés reposan en este único principio, y por eso es que ellos estiman en tan alto precio el sentimiento individual. Las maniobras de dos divisiones, por ejemplo, combatiendo una contra otra son del todo proscritas en Francia, porque el elemento moral no se puede hacer valer, puesto que los ménos numerosos tienen que ceder á los que lo son mas. Los ejercicios á los cuales se limitan los franceses, nos parecen por tal motivo restringidos é incompletos. Por muy palpables que sean los descuidos, ó los errores que se cometen, jamás se articula el menor reproche, ni aún siquiera la mas leve crítica.

El gefe á quien toca mandar esos ejercicios, no importa que sea el mas ignorante y el ménos avisado, se retira con la conciencia de su sabiduría, sus altas cualidades y el

completo éxito de las maniobras ejecutadas. El oficial francés no conoce esa especie de timidez, ó miedo, que inspira la presencia del superior y que se advierte en todas partes; no experimenta el mas pequeño desasosiego, y cada general, y á su ejemplo cada oficial, van á la guerra llevando consigo su inalterable originalidad, su frescura y su constante buen humor, mas ó ménos cultivado por si mismo con todo el vigor que dá la confianza propia, aún cuando, como sucede á menudo, ella no es fundada. La superioridad de los oficiales que temen mas á la crítica, que al enemigo, y que no se hallan habituados á una responsabilidad personal, es evidente.

El soldado francés dice: "Los tácticos nos son inútiles," y al expresarse en tales términos no lleva la mira de reprochar á nadie, segun creemos, pues él juzga á sus generales mucho ménos bajo el aspecto de su habilidad en las maniobras, suponiendo que solo al éxito corresponde decidir en cuánto á la calidad de ellas, que en el sentido del don especial de cada gefe para suscitar el impulso individual. En eso el soldado francés no carece de razon, pues para estimular el empuje es preciso poseerlo. La parte moral del arte militar, aquella cuyo origen se halla en el conocimiento del cuerpo humano, forma el elemento de un buen general. Es un don natural apegado á inspiraciones y á un no se qué, de que la naturaleza se muestra avara, que no puede obtenerse por el arte, pero que el simple soldado lo resiente viva y libremente. Gracias á esta buena cualidad y al cuidado que consagran á sus soldados, McMahon y Canrobert ocupan un lugar tan eminente en el ejército francés. Los soldados refieren con orgullo, que este último, cuando en Crimea surgía una mision difícil de cumplirse, comenzaba por preguntarles si se sentían capa-

ces de desempeñarla. Por supuesto la respuesta nunca era negativa, y de este modo el éxito correspondía doblemente á todas las esperanzas, debido á que por una parte el proyecto en cuestion se ponía con anticipacion en conocimiento del mayor número, resultando de esto la importante ventaja del concurso de todas las voluntades, para alcanzar el fin de una manera mas segura; y por otra, á que el general se apoderaba de una palanca moral, que consiste en el formal compromiso prévio de las tropas.

Los franceses, á la manera de Maquiavelo, no desdeñan en el combate los medios de turbar el espíritu del enemigo, valiéndose de ardidés sorprendentes y del aturdimiento. Así es como, por ejemplo, al atacar, prorrumpen en gritos aterradores, que además tienen la virtud particular de reanimar el ánimo de mas de un tímido. El aspecto negro de los turcos, la feroz mirada del zuavo y su brusco empuje, contribuyen, en efecto, á sembrar y esparcir el espanto, si no se toma la precaucion de preparar á nuestros jóvenes soldados contra la influencia de semejantes y tan extraordinarios fenómenos.

Creemos que es de urgente necesidad prevenir á nuestras tropas, para preservarlas del efecto de esos golpes tácticos; pues es mas fácil bravear un peligro de que ya se tiene noticia anticipada, que otro enteramente desconocido.

Otro principio adoptado por los franceses, consiste en combatir de ordinario en filas cerradas contra las tropas no ejercitadas en las maniobras, pues estas, por su ignorancia, son, en general, audaces y arriesgadas: al contrario con las que conservan rigurosamente su orden y obran segun los preceptos de la enseñanza; sin excepcion, siempre se les ataca en filas abiertas, ó en tiradores.

En el número de las primeras se clasifican, por ejemplo,

las kabyilas y todos los enemigos de la Francia en Africa. No hablaremos aquí sobre la manera, ingeniosa bajo cierto aspecto, con que los franceses hacen la guerra á los indígenas. A la segunda especie pertenecen los rusos, los austriacos y nosotros los prusianos. El mariscal Bosquet, con quien sobre este punto tuvimos una conversacion cierto dia, nos decia á propósito de las batallas libradas al frente de Sebastopol, que, dirigiéndose á los hijos del desierto, quemados por el sol, y á los tiradores indígenas llamados turcos, les habia gritado en árabe: "A ellos, hijos del fuego," y que prorrumpiendo en alaridos de chacal, é inclinándo el cuerpo hácia adelante para ponerse en cierto modo bajo la trayectoria de las balas, se lanzaron en filas abiertas con un ímpetu feroz sobre las columnas rusas. Resultó de esto un combate á la bayoneta, en que los rusos disputando el terreno en columnas cerradas, embarazados naturalmente en el libre uso de sus brazos, sucumbieron en su puesto casi sin poderse defender, pues no pudiendo asestar sus golpes mas que á una distancia limitada, imposible de alcanzar á sus adversarios, que con una sola mano los derribaban ventajosamente.

El mariscal Bosquet, al hacer la descripción de este combate de turcos, se servía de esta frase: "se arrancaban de los matorrales como panteras." La misma idea se explica por si sola en la fanfarronada de un francés, que habiendo recibido siete heridas de bayoneta, exclamaba: "ya no hay por qué jactarse tanto de un combate contra los rusos, pues basta un solo bayonetazo francés para matar á un hombre."

Uno de los principios dominantes entre los franceses, principio que si no nos equivocamos ha sido puesto en prác-

tica en las últimas campañas, con mas frecuencia que en las guerras anteriores, puede formularse en estos términos: el francés nunca se detiene pasivamente: allí, en donde de ordinario una tropa debe guardar la defensiva, los franceses, al contrario, se apresuran á optar por la ofensiva.

El combate de Montebello ofrece uno de los ejemplos mas brillantes de este género. El general Forey, atacado por el enemigo en sus acantonamientos, pasa resueltamente á la ofensiva, sin cuidarse en lo absoluto de su inferioridad numérica. A medida que sus batallones arriban los hace entrar en línea renovando el ataque sin cesar, en lugar de destinarlos á resguardar los puntos débiles de su retaguardia.

Los franceses silbaban á los austriacos, atribuyéndoles que no sabian servirse de sus reservas, que figuraban solamente como una especie de comparsas. ¿Para qué sirven las reservas, si no han de ser llamadas á tomar parte en la refriega? Mas vale en este caso no tenerlas, puesto que al carácter francés repugna la defensa móvil, á menos que no se trate de mantener la seguridad de un puesto.

Dícese que los franceses ignoran el arte de la defensa. Precisamente ese es su lado débil, del cual es preciso aprovecharse: ellos desprecian al adversario, que, aún en el posterior momento, no se decide á afrontar determinadamente el ataque.

Creemos que podría atribuirse al mariscal Bugeaud el principio de la defensiva activa llevada hasta el exceso, tal como se advierte hoy entre los franceses, pues fué él quien escribió estas palabras: "Es necesario hacer un gran esfuerzo, para explotar todo lo que puede aumentar la fuerza moral de nuestros soldados y debilitar la del adversario. En virtud de este principio nunca debe esperarse el ataque,

sino tomar la ofensiva en el momento decisivo. Considerada física y moralmente la cuestion, puede probarse, que á una buena defensa es indispensable la ofensiva, y que los movimientos de esta sobre los flancos y la retaguardia del enemigo rara vez dejan de producir su efecto, pues aún cuando ellos se ejecuten por un puñado de hombres, la impresion moral que causan es sorprendente."

Estas palabras no solo indican la marcha que debe seguirse en la defensa, sino que, además, ministran los medios de contrarestar la agresion: no hay que resistir frente á frente; es mejor, como en la táctica de caballería, atacar uno de los flancos del enemigo, pues siendo estos por lo regular mas débiles, basta amenazarlos simplemente para contener los progresos de la lucha, ó forzar al enemigo á tomar otra direccion, á fin de parar el golpe. De este modo, puede atraérsele fácilmente á una posicion á propósito, para embestirlo por ámbos lados á la vez. Necesitamos, pues, cubrir nuestros flancos disponiendo las tropas por compañías en escalones, cuya formacion debe adoptarse á cada caso en particular, y siempre á la inmediacion, sea que ataquemos en tiradores, en columna, ó en línea.

Hémos explicado ya nuestras ideas sobre esto en el mes de Agosto del ultimo año, en el momento de comenzar los ejercicios por destacamentos, recordando á propósito del ataque de la infanteria las palabras del gran Rey: "*El jefe de escuadron de caballería que se deja atacar por el enemigo, y que no se determina á tomar el primero la ofensiva, debe ser despedido CUM INFAMIA, pues la caballería prusiana debe siempre y en todas circunstancias anticiparse al ataque.*"

Este precepto, que contiene en gran parte el espíritu vivo y alerta del soldado de caballería, no puede aplicarse á la infantería, sino es con ciertas restricciones; la aplica-

cion, sin embargo, toma cada dia una extension mas considerable. Se tendrá razon, se ha dicho, en no esperar á pié firme, llegado el postrer momento del ataque del enemigo, pues al contrario, debe marcharse á su encuentro resueltamente. Es inútil añadir, que esta regla tiene tambien sus excepciones; la ejecucion requiere tomar cons:jo de las circunstancias. Una línea de fuego bien cubierta, por ejemplo, no necesita abandonar su abrigo, ni lanzarse aventuradamente sobre el enemigo; es mejor dejar á otra division que emprenda el contra-ataque que se proyecta sobre el flanco del adversario.

Los franceses, tan apegados á los continuos ataques sucesivos, si tuvieran que luchar contra los prusianos en un terreno plano, en donde la vista dominara ménos la distancia, que en las llanuras de Italia, experimentarían ciertamente pérdidas mucho mas considerables, que las que tuvieron en su campaña contra los austriacos; pero adviértase, que si se les deja obrar, nunca dejarán de arribar al fin.

El soldado francés conoce mas ó ménos, por experiencia propia, que el peligro de ser alcanzado por el fuego de la fusilería es mucho mayor á ciertas distancias medias. Una vez recorrido el espacio peligroso, el riesgo, en lugar de aumentar, desminuye á medida que se estrecha la distancia entre ambos combatientes, concluyendo por nulificarse llegado el momento de cargar al arma blanca. Tal es la experiencia obtenida con el uso del arma lisa y parece confirmarse por los efectos de la rayada. Nada en verdad tan natural y concluyente, pues cuanto mas se acerca el enemigo, mas tambien los que lo reciben se precipitan en cargar y disparar, sin cuidarse de observar las reglas de la puntería, resultando de esto, que los tiros pasan perdidos por encima del adversario. Esta consideracion nos

obliga, pues, á aceptar como una ley el contra-ataque al arma blanca, cuando, por ejemplo, el enemigo arribe á la distancia de 100 ó 150 pasos, siempre que lo permitan el abrigo que se ocupe y el terreno que haya de franquearse.

Cuando por un evento sucede á los franceses el ser atacados por una columna en masa, adoptan sin vacilar el siguiente sistema de defensa, muy antiguo entre ellos, pero muy gastado en la actualidad. El método, sin embargo, conviene emplearlo cuando el ataque se emprende aisladamente y sin apóyo. Helo aquí:

Los tiradores franceses ceden el terreno en el mismo punto que el enemigo se empeña en conquistar, replegando su línea á retaguardia. La columna adversaria cree que ese movimiento retrógado indica un principio de éxito y precipita su avance; pero pronto los tiradores recobran el frente, llegan en su auxilio una ó dos columnas, envuelven al agresor por tres-lados diferentes, el ataque amaina, se debilita, se pierde el tiempo, el adversario se vé cercado, no puede retroceder, desconfía de su vigor y al fin se resigna con su mala suerte. En estas circunstancias se recomienda á las tropas francesas que no maten, puesto que se pueden hacer cinco ó seis prisioneros, durante el mismo tiempo que se necesita para privar de la vida á un hombre.

Las ideas francesas relativas al reglamento de tiradores, tienen un interés particular; el tenor, poco mas ó ménos, es el siguiente: no se estima la táctica del orden extendido, sino como un expediente para un caso extremo, atendido á que esta manera de combatir hace perder el tiempo, sin producir ningun resultado positivo; por consiguiente, es preferible usarla mas bien por gusto, que por necesidad y,

sobre todo, nunca aceptarla como impuesta por el enemigo, puesto que bajo ninguna circunstancia se debe hacer jamás lo que este quiere, ni conformar la conducta y los movimientos á los suyos, en una palabra: es preciso desconcertarlo y someterlo.

De esta manera, no solo se incomoda mucho al adversario, sino que se gana sobre él la preponderancia moral, que forma un elemento de considerable peso. Tengamos presente, pues, que no se debe nunca, cuando nos molesta el ataque por tiradores, oponer á sus líneas las muestras en sentido paralelo: eso malgastaría el personal, las municiones y el tiempo. Si se despliega contra los tiradores enemigos una nueva línea extendida, es preciso que eso se haga desde el punto de partida, con un frênte oblicuo y contra el flanco del adversario; pero lo que ofrece mejores resultados, es romper con compañías ó pelotones, sobre puntos dados, la cadena de los tiradores enemigos, lanzándose al paso veloz, y sin detenerse á disparar las armas.

En un gran número de casos bastará amenazar simplemente el flanco de la línea de tiradores, para forzarlos á ceder y renunciar á su manera de combatir.

Lo que mas merece observarse particularmente, son los arranques de los franceses, cuya sorprendente impetuosidad, César, en otros tiempos, no pudo ménos que reconocer. Creemos que él fué el primero en caracterizar como muy peligroso el choque de los Gálos, al iniciar estos el combate, opinando al mismo tiempo que esa fuerza iniciadora disminuía mucho con la prolongacion de la refriega. Como quiera que sea, esa violencia en el ataque, la *furia francesa* que caracterizó las guerras de la Revolucion, es aún hoy el atributo nacional.

Los franceses, por lo regular, comienzan el combate

sondeando la línea de batalla del enemigo sobre el terreno mismo, para penetrar sus medidas y sus disposiciones. A fin de conseguirlo emprenden ataques parciales, impulsándolos en lo posible hasta los puntos de los cuales les conviene apoderarse. Si su tentativa tropieza con una resistencia séria, renuncian de pronto para volver con fuerzas suficientes. Algunas veces esos ataques parciales no se verifican, como por ejemplo en Italia, cuando desde el primer momento y sin preámbulo se decidieron por un ataque decisivo, creyendo tal vez que podían sorprender al enemigo, á causa de la imposibilidad de abrazar una gran extension de terreno al primer golpe de ojo. Dícese que con esta mira desprendieron poderosas líneas de tiradores, á mil pasos de distancia, lanzando al paso veloz una sucesion de líneas del mismo género, mas ó ménos grandes. Es notorio que en Solferino sorprendieron á los austriacos, en los momentos en que estos se ocupaban de tomar su rancho. Los franceses que atacaron de la manera que acabamos de explicar, cayeron sobre los escuchas de los austriacos, que apenas tuvieron tiempo de disparar el primer tiro y de salvarse. Las grandes guardias tampoco pudieron guardar sus puestos, habiendo tenido que replegarse y en estas condiciones comenzó el combate.

Se vé por esto, que los franceses llevaron allí la ventaja de haber ganado el terreno y la sorpresa coronada con el mejor éxito, es decir: de haber conquistado desde el primer momento la superioridad moral. Estas pocas palabras bastan para hacer comprender, que no les importa mucho apartarse del principio que prescribe sondear primero las disposiciones del enemigo, y que, en todo, prefieren acomodarse á las circunstancias.

En principio, los franceses observan la regla de em-

plear sus tropas escogidas en primera línea y en mayor número: la tercera parte de cada batallón se reputa como de preferencia, y lo son igualmente los *cazadores* y los *zuavos*. Estos cuerpos, en efecto, valen mucho mas que la masa restante, pues que, aun en estado de paz, no se admite á nadie en ellos, sino es con un cierto mérito comprobado por una superioridad de aptitud y de servicio activo. Ellos se componen, por lo regular, de hombres devorados por la ambición de los ascensos, y las pérdidas que ocurren se reponen al instante, pues que no hay uno que no aspire al *honor* de pertenecer á esos cuerpos escogidos. Son, pues, las tropas llamadas *d'élite* las que se presentan en primera línea, porque de este modo se tiene una garantía mas de que se obtendrán grandes ventajas al iniciarse la refriega, y de que se logrará, desde el principio, poner de su parte la ascendencia moral, facilitando así á las otras tropas la continuacion del combate.

Para la ejecucion de los golpes de mano, particularmente los mas aventurados, se acostumbra con frecuencia hacer un llamamiento á la buena voluntad de los otros cuerpos. Parece que, respecto de la legion extranjera, que podría considerarse como tropa de *élite*, hay una excepcion premeditada de esa especie de apelacion, como se advirtió en Crimea; tal vez porque se tiene la seguridad de que todos los soldados se apresurarian a dar un paso al frente para ofrecer su espontaneidad. Parece tambien, que á estos hombres se les consideraba siempre como unidades tácticas. Obsérvese en el ejército francés este principio: que una vez decidido el ataque no debe emprenderse demasiado temprano, ni con demasiada rapidez.

Es indudable que los franceses procuran, en el combate, abreviar lo mas que se puede la duracion del fuego. Dicese

que en Italia apenas duraba un cuarto de hora ántes de cada ataque decisivo; y sabemos tambien, que á menudo la lucha terminaba sin el forzoso preliminar de romper el fuego.

Los franceses observan otro principio, que consiste en no perder el tiempo al atacar, porque creen que el ataque perdería una gran parte de su impetuosidad y que las pérdidas serian mayores. Hoy, lo mismo que siempre, segun parece, atacan al paso gimnástico en el cual se les ejercita durante la paz, y es probable que aprendan tambien la manera de no llegar sin alientos á la inmediacion del enemigo. En cuanto á esto, evidentemente, opinan lo mismo que el hombre extraordinario, autor de estas frases: "*hay en la sangre del hombre un calor que se desarrolla con la rapidez del movimiento; el que no conoce esta ley de la naturaleza, no es mas que un principiante en materia de guerra.*" Existe una carta alusiva del mariscal de Saint-Arnaud, refiriendo á propósito un pasaje característico. El mariscal escribia a su esposa desde el campo de batalla del Alma, y, por consecuencia, bajo las mas recientes impresiones de la victoria: "los ingleses cargaron sobre reductos formidables, decia, y han perdido mas gente que nosotros; y es que mis bravos soldados vuelan, mientras los de ellos se conforman con marchar."

El primer ataque se emprende de tal manera, que los tiradores arriban al paso de carga, sin disparar ni un solo tiro, á la distancia de ciento cincuenta pasos, mas ó ménos, del enemigo. El momento en que los tiradores abren el fuego, es probablemente tambien el señalado á las columnas para ponerse en movimiento y atacar.

El motivo de esta sucesion inmediata es evidente: si se abandonara á los tiradores en esa situacion, sin sostenerlos

al instante de la manera mas enérgica, poco trabajo costaría al enemigo rechazarlos, repeliéndolos en desórden, lo cual causaría un desagradable estado de cosas y lentitudes perjudiciales. Vémos, pues, que los grupos de tiradores, que en este caso se mantienen compactos, son seguidos de cerca por las columnas de ataque, porque en tales circunstancias, el combate en el órden extendido coincide con el avance de las columnas y el de los tiradores.

Las agresiones de este género tienen algo de sorprendente é irresistible, y de eso precisamente dependen las ventajas del ataque: si ellas resultan coronadas por un buen éxito, poco importa que se haya jugado el todo por el todo, puesto que las reservas siguen á cortas distancias. (En el órden prusiano no se conoce esa segunda línea). Si el resultado es malo, el desórden y un cierto *pêle-mêle* son inevitables. Los franceses no tienen idea de una retirada en regla, es decir: en buen órden. Cada cual obra segun su propio parecer y esto origina el desbandamiento. Ese es su principal lado débil: es preciso en esos momentos perseguirlos de cerca y sin descanso, con infantería y caballería divisionaria á un mismo tiempo; en este caso los instantes son decisivos, pues adviértase que el desórden no es de mucha duracion.

Cuando los franceses logran el buen éxito del ataque, persiguen con sus líneas de tiradores á las columnas enemigas que baten en retirada: si estas se hallan aisladas, ellos consiguen rodearlas fácilmente y contener su marcha, pues que pueden moverse con mas desahogo que las columnas. Las masas que siguen de cerca el movimiento al paso acelerado, procuran á su turno alcanzar al adversario y agobiarlo. Este método se recomienda tambien á los franceses contra los reconocimientos enemigos, cuando repelidos

estos y nos recuerda un artificio de que ya hemos hablado, que ellos acostumbran emplear en los ataques sobre las columnas aisladas.

Los franceses, mucho mas que los alemanes, se han aplicado correctamente á la manera de apoderarse y defender los puestos aislados. Ellos emplean en la defensa inmediata el número de tropas exstrictamente necesario. En cambio mantienen listas, afuera de la posicion tomada, considerables reservas para flanquear y rechazar al enemigo, si este trata de recobrar su pérdida. Este último punto es el que descuidan los alemanes ordinariamente, pues manifiestan siempre una tendencia muy pronunciada á emplear de guarnicion un número excesivo de tropas.

Hay tambien una gran diferencia entre la manera que acostumbran los franceses para apoderarse de un puesto, y la mas familiar á los alemanes: estos, á menudo, no se limitan á tomar la posicion; en medio de la embriaguez del triunfo persiguen al enemigo en filas abiertas, mas allá del objetivo. Resulta, por lo regular, que, tropezando con tropas de refresco se ven forzados á desistir, y arrollados por estas no se encuentran en estado de guardar la posicion ganada. El enemigo, que penetra adentro al mismo tiempo que ellos, obtiene por fin el triunfo y de aquí la necesidad de un nuevo ataque, resultando del todo inútiles los esfuerzos anteriores y las pérdidas experimentadas. Los franceses, al contrario, no van mas allá de las posiciones con las tropas que las han tomado; estas, en lugar de dar caza al enemigo, se establecen en los puestos asaltados, reparan las fortificaciones, cierran las salidas y abandonan siempre la persecucion á otras tropas. Ellos saben muy bien, que no todo se puede hacer de un golpe y con un solo esfuerzo; se contentan, por lo regular, con un éxito media-



no, pero cuidan de no dejárselo arrebatar y esto asegurado continúan su obra.

El objeto que nos habíamos propuesto, creemos haberlo alcanzado en lo que toca á la parte principal. Ahora nos limitaremos de paso á observar, que los franceses no son adictos á los ataques nocturnos; parece como que los temen y los evitan, porque sospechan, tal vez, que su desorden habitual puede en la oscuridad convertirse en una disolucion completa. Recordamos, con este motivo, haber leído en las relaciones militares de otros tiempos, que mas de una vez, durante la noche y aún de dia, el terror pánico llegó á manifestarse en todo el ejército, como sucedió en Wagram, por ejemplo, en la tarde del dia siguiente al de la victoria.

Por decir algo, al concluir, sobre la formacion del combate, hagamos constar: que para el ataque los franceses se sirven de columnas las mas variadas, avanzándolas en un gran número de escalones, estos tambien muy variados. De tal manera preservan sus flancos, lo mismo en el ataque, que en la defensa, ministrando poco á poco los elementos del combate, pero siempre reteniendo una gran parte de su fuerza en una actitud amenazadora; manera de combatir que nos recuerda el orden de batalla oblicuo de Federico el Grande, del cual es una imitacion, como podemos positivamente asegurarlo.

Creemos que el caso es idéntico, en cuanto á todos los principios de que nos hemos ocupado ántes. Ellos son mas ó ménos justos, bajo el punto de vista táctico, pero no son de origen francés, pues han sido ya observados otras veces, bien que en ménos escala, por mas de uno de nuestros generales. Depende de cada uno de nosotros repetir eso mismo llegado el caso, lo cual nos será tanto mas fácil, cuánto que debemos penetrarnos de la verdad de esos prin-

pios, que, lo repetimos, ni fueron inventados por los franceses, ni son propiedad exclusiva de su entendimiento.

¡Pudiéramos aprovechar con oportunidad las lecciones de la historia! Los hechos de los últimos años de guerra nos hablan mas poderosamente que las palabras. Los anales de la historia transmitidos á todo el mundo en caracteres lapidarios y legibles, nos muestran que los rusos y los austriacos han sido vencidos por los franceses, en todas partes y en todos los encuentros. Los ingleses mismos, que combatieron al lado de los franceses con la experimentada táctica del duque de Fierro, fueron moralmente vencidos por sus aliados.

Y hoy la cuestion es mas directa é imperiosa que nunca con la Prusia. *¿Cuál será nuestra suerte?* Nosotros podemos vencerlos; y si en el momento de la guerra logramos desprendernos de los hábitos contraídos en el campo de maniobras, en la plaza de ejercicios y en los reglamentos, probablemente los venceremos. Veamos en eso la gran dificultad y hagámosla el objeto de nuestros cuidados.

Las palancas que nos ministran esas formas no bastan bajo el punto de vista de la disciplina; se necesita algo mas, para conducir al soldado contra el enemigo y mantenerlo firme en el peligro. Nosotros hemos empleado ya otras palancas y aun nos quedan algunas de reserva. Recuérdese que hubo un tiempo en que nuestros padres pudieron derribar las legiones del César Galo, y lo que ellos hicieron, con la ayuda de Dios, se hará todavía una vez mas.